

CARTA CIRCULAR CON OCASIÓN DE LA CANONIZACIÓN DEL PADRE ESTANISLAO DE JESÚS Y MARÍA PAPCZYNSKI FUNDADOR DE NUESTRA COMUNIDAD

Roma, 17 de septiembre de 2016
Prot. n. 160/2016

Queridos hermanos,

El día 5 de junio del presente año vivimos la canonización del Padre Estanislao Papczynski, Fundador de nuestra comunidad religiosa. Muchos de nosotros participamos en el inolvidable y excepcional acontecimiento cuando el Santo Padre Francisco lo declaró santo. Otros de nosotros, aunque no pudimos estar presentes físicamente durante la canonización en Roma, estuvimos espiritualmente unidos o seguimos la transmisión a través de los medios de comunicación social. Dios nos otorgó a nosotros esa gracia extraordinaria. La esperaron varias generaciones de hermanos nuestros y también oraron por ella varias generaciones de hijos espirituales del Padre Estanislao y de seculares que lo honran. Aún nos mantenemos de muy buen ánimo, y en todas las provincias y vicariatos estamos teniendo celebraciones de acción de gracias. De esta manera, no solamente queremos expresar nuestro agradecimiento a Dios, sino también, de alguna manera, queremos extender ese tiempo de gracia en la que se nos ha concedido participar, fortalecer y profundizar nuestra reflexión sobre este singular acontecimiento. Espero que esta carta nos ayude a tener una auto-reflexión, que apoyada en la gracia divina, renueve nuestro carisma, apoye nuestro trabajo apostólico y nos estimule a llevar una vida más santa, cuya imagen contemplamos en la vida de nuestro santo Padre Estanislao y que recientemente la Iglesia nos mostró en su persona a través del acto de la canonización. También vale la pena añadir que el título oficial de la canonización del Padre Estanislao es el de: "presbítero, fundador de la Congregación de Clérigos Marianos".

La canonización – don de la Misericordia de Dios

Comprender el significado del don de la canonización del santo Padre Estanislao exige evocar hechos históricos. Cristo, como Dios Encarnado, es Señor de la historia y actúa tanto en la historia de ciertas personas en particular como en la historia de sociedades enteras, incluyendo nuestra Congregación. Basta recordar que el milagro utilizado para la beatificación del Padre Fundador tuvo lugar exactamente en el tercer centenario de su muerte, y su canonización sucedió en el Año de la Misericordia.

A pesar del hecho de que el santo Padre Fundador murió en olor de santidad, las gestiones concretas para abrir su proceso de canonización se iniciaron bastante tarde, 50 años después de su muerte. La Congregación era pobre, no tenía ni los medios ni las personas adecuadas. En el país había guerras permanentes y epidemias relacionadas con ellas. Fue el Siervo de Dios padre Kazimierz Wyszynski quien inició los preparativos para dar inicio al proceso, convencido de que eso era *muy agradable a Dios* y, por esa razón, *Dios nos bendeciría*. Formalmente, el proceso en su etapa diocesana fue abierto en el año de 1767 y duró casi tres años. En 1770 se envió a la Santa Sede y comenzó la fase romana del proceso, que inicialmente duró cinco años. Desde el comienzo (1772) surgió la necesidad de aclarar ciertas objeciones planteadas por el Prefecto de la Fe, y la respuesta ofrecida después de tres años resultó insuficiente. Con el tiempo, resultó que la Congregación no tenía posibilidades de continuar el proceso, y poco después comenzaría un período sombrío de la historia de nuestra Congregación como resultado de la persecución a la Iglesia en Europa: primero, los Marianos fueron excluidos de la Fiscalía General en Roma (1798), luego todos sus monasterios fueron liquidados en Portugal (1834), y después la liquidación y confiscación de monasterios y conventos por parte del régimen zarista ruso (1798) condujo al colapso total de la Congregación en Polonia.

Como consecuencia, el proceso se interrumpió de 1775 a 1952. Poco después de la renovación de la Congregación, ya durante el Capítulo General de 1923 en Gdansk, bajo la dirección del beato Jorge Matulaitis-Matulewicz, se tomaron decisiones encaminadas a reanudar el proceso del Padre Fundador. Debido a esto, se aprobaron dos decretos (números 34 y 35). El primero: para la restauración de la tumba del Padre Estanislao y el segundo: en vista de la beatificación, para reunir la documentación sobre sus virtudes heroicas. Sin embargo, el proceso se reanudó legalmente sólo después de la Segunda Guerra Mundial, en 1952. Ese año se designó al postulador general de la Congregación. Desde ese momento empezó una etapa más intensiva de trabajos de investigación, se encontraron nuevas fuentes históricas que ayudaron en el proceso y que se desarrollaron de manera científica, lo cual sirvió para aclarar todas las dudas relacionadas con algunos aspectos de la biografía del Padre Fundador. Después de 40 años (1992), se proclamó el decreto sobre sus virtudes heroicas y finalmente en 2007, nos alegramos con la beatificación de nuestro Padre Fundador.

El proceso de canonización del Padre Fundador duró mucho tiempo y pasó por duras pruebas. Hubo una época en la que parecía que la canonización nunca ocurriría. Incluso se puede decir que, por diversas

razones, algunos padres espirituales de san Estanislao de Jesús y María dudaron de su santidad o no estaban convencidos de que él fuera un candidato adecuado para los altares. El conocimiento de sus escritos y de su patrimonio carismático también se encontraba lejos de los ideales de la vida religiosa descritos en los documentos de la Iglesia y de los que hablan de la importancia de los fundadores para los institutos religiosos. Sin embargo, esta historia del proceso tiene su lógica en la historia de la salvación y es como la copia de la suerte que corrió la Congregación fundada por él y como un reflejo de su propia vida. Cabe señalar también que ambos milagros encajan perfectamente en esa lógica del paso de la muerte a la vida, de la desesperación a la fuerza de la esperanza y de la gracia, que en especial se manifiesta claramente ante la muerte, las debilidades y la desesperanza humana. Todas estas historias: de la Congregación, del proceso de canonización y de los milagros, tanto para la beatificación como para la canonización, manifiestan lo que el Padre Estanislao enfatizaba en su experiencia de fe asociada a la fundación de la Congregación: "La bondad y la sabiduría divinas, a pesar de las innumerables dificultades que obstaculizan, inician y llevan a cabo lo que quieren, incluso aunque los medios no sean los adecuados desde un punto de vista humano. Porque nada hay imposible para el Todopoderoso. Esto se manifestó de la manera más clara en mí [...]. Pero Dios mismo, Dios (para quien sean la eterna e infinita gloria y gratitud) así como milagrosamente me movió a esta obra con su Providencia, es decir, con amor, misericordia y sabiduría, así Él mismo la llevó a cabo y la lleva a cabo por los siglos de los siglos" (*Fundatio Domus Recollectionis*).

Dios realiza sus obras en el momento oportuno. Llegó la hora del santo Padre Estanislao. Estamos agradecidos al Señor de la historia por haber querido otorgarnos esta gracia, esperada por tanto tiempo. La recibimos como don de la misericordia divina – don providencialmente reservado para nuestros tiempos y especialmente necesario para nosotros en la celebración del Jubileo Extraordinario de la Misericordia. Damos gracias por ese don junto con María, Madre de la Misericordia, a quien siempre estuvo entregado con afecto filial nuestro santo Padre, quien en honor a su Inmaculada Concepción fundó nuestra Congregación.

El descubrimiento del Padre Fundador

Aunque se entiende que la canonización del fundador de cualquier instituto religioso significa que solo a él es elevado a la gloria de los altares y no la comunidad que fundó, sin embargo, ese hecho tiene un efecto claro e inevitable en el instituto. De hecho, la canonización es la aprobación de la santidad que con su vida el fundador manifestó y que dejó a sus hijos espirituales y a sus discípulos. Esa santidad tiene también una doctrina – incluso si no está descrita de manera teológica y aunque siempre tiene un rostro cristiano y católico en todas sus dimensiones, aunque tiene su propia forma y color original. En la tradición de la historia de la espiritualidad, esa doctrina ha recibido el nombre de escuela de espiritualidad. Sin lugar a dudas, el sello de esta escuela es la canonización de su creador. Por gracia de Dios nos correspondió a nosotros vivir el momento en que el sucesor de Pedro, de manera oficial, con la participación del Magisterio de la Iglesia, dijo que nuestro Padre Fundador es santo y que el ejemplo de su vida es un modelo no solamente para nosotros sino para toda la Iglesia; que él está presente con nosotros en el misterio de la comunión de los santos y que muchos fieles experimentan su poderosa intercesión. Gracias a esa presencia suya hoy, y como resultado de nuestro compromiso personal a leer sus escritos y conocer su legado, ha resplandecido nuevamente la paternidad de san Estanislao de Jesús y María Papczynski en la Congregación fundada por él. Esto tiene un significado particular en la perspectiva de los cambios en los que, debido a las condiciones históricas, nuestra Congregación ha vivido, en especial, en la renovación realizada hace 100 años por el beato Jorge Matulaitis-Matulewicz. A esta Congregación sentenciada a muerte, en la que quedaba vivo un solo y último religioso, el padre Wincent Sekowski, quien preparaba "una tumba para sí mismo y para la Congregación" (*de la carta de W. Sekowski a J. Matulewicz*) le ha sido concedida una gracia extraordinaria: la canonización del Fundador es en cierto sentido también la confirmación del camino de santidad que él señaló para el Instituto que fundó.

La Iglesia ya aprobó no solamente una nueva versión de la Constitución de la Congregación como programa de vida, también aprobó el estilo de vida contenido en el testimonio del Fundador. En ese sentido, se percibe en la Congregación la esperanza de que la canonización suscitará no solamente la renovación del carisma de nuestra comunidad religiosa; también nos estimulará a nosotros, los hijos espirituales del santo Padre Estanislao, a responder a la gracia de la vocación con mayor fidelidad y generosidad. El ejemplo de su total entrega a Cristo y a la Iglesia, a ejemplo de la Inmaculada Madre del Señor, se ha vuelto tan convincente que atraerá nuevas generaciones de hombres jóvenes a la santidad de vida en nuestra comunidad, con nuestro carisma.

La gracia de la canonización nos hace conscientes una vez más de lo importante que son nuestras raíces, de cuán profundo es nuestro vínculo con el santo Padre Fundador, lo cuál es –o debería ser– el punto de referencia y la base para nuestra reflexión. Necesitamos una continuación y una profundización teológica en las reflexiones sobre el carisma fundador del santo Padre Estanislao. Esta reflexión comenzó de una manera bastante intensiva tanto después de la beatificación como durante las celebraciones del centenario de la renovación de la Congregación, realizada por el beato Jorge. Necesitamos ir más allá y

reflexionar sobre lo que pertenece a la esencia del carisma y a la identidad de la Congregación, y sobre la necesidad de adaptar lo que es cambiante, temporal, relacionado con la sensibilidad de una etapa determinada de la historia, a las circunstancias tanto eclesiales como sociales, o relacionadas con una determinada cultura y mentalidad. De manera verdaderamente providencial encajan aquí las decisiones del último Capítulo General, que asignó a la Administración General un decreto para conformar la "Comisión para la Constitución y el Directorio, cuyo fin será realizar una revisión y proponer subsiguientes cambios y escritos vigentes para la actual Constitución y el actual Directorio de la Congregación de Clérigos Marianos". La comisión tiene la obligación de presentar los resultados de los trabajos en el próximo Capítulo General. La justificación de ese decreto es, según el Capítulo, "el acontecimiento de la beatificación del Padre Fundador en el 2007 y la celebración del jubileo del centenario de la Renovación y Reforma de nuestra Congregación en el 2009". De acuerdo con el Capítulo, estos dos acontecimientos suscitaron entre muchos de los Hermanos "la necesidad de redefinir el carisma mariano y de expresarlo legalmente, es decir, en la Constitución" (*Del acto del Capítulo General 2011*). La Comisión está terminando el trabajo, sin embargo, el próximo Capítulo General asumirá la responsabilidad de discernir, de darle la expresión legal adecuada a nuestro carisma y de escribirlo en nuestras Normas. La canonización de nuestro Padre Fundador hace aún más evidente lo importante y necesaria que es esta tarea.

Vigencia y vitalidad del carisma de nuestra Congregación

Parte de la reflexión sobre el carisma de la Congregación ya apareció en entrevistas, reportajes y también en artículos teológicos. Otras reflexiones están siendo formuladas de manera metódica, dependiendo de las necesidades. Necesitamos tener nuestras propias concepciones acerca del significado de la canonización, de la santidad del Padre Estanislao, de los elementos esenciales del carisma y de su impacto sobre la espiritualidad y el apostolado. Estos no solamente son frutos muy positivos de la gracia de la canonización, sino que, ante todo, pueden ser un buen fermento para la búsqueda creativa de concepciones adecuadas de la naturaleza de nuestra comunidad religiosa: de lo que es más perdurable e inmutable y de lo que es temporal y, por lo tanto, pasajero. Además, al reflexionar sobre nuestro carisma, buscamos formas para implementarlo en la vida y en nuestras obras apostólicas. En cierto sentido, sólo la beatificación y la canonización de nuestro Padre Fundador hicieron que nos diéramos cuenta no sólo de la extraordinaria actualidad que tiene nuestro carisma personal, sino, ante todo, de lo atractivo que es el carisma fundador que él nos dejó a nosotros – sus hijos espirituales. Es un don, es nuestro regalo y riqueza, pero también una gran tarea que debemos llevar a cabo.

En el pasado, cuando normalmente hablábamos del espíritu de la Congregación y de su misión nombrábamos tres elementos: la difusión del culto a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, el auxilio a los fieles difuntos y un trabajo pastoral ampliamente comprendido. Esta visión se remonta a los inicios de la Congregación y a la descripción de sus objetivos específicos contenidos en la *Norma Vitae* del santo Padre Estanislao. También sabemos que, si incluso nuestras Constituciones del último período de la historia no incluían esos tres elementos en un solo párrafo o relacionados entre sí, en nuestra conciencia y en otros documentos y escritos importantes no solamente los vinculábamos entre sí sino que también buscábamos reglas de inferencia.

Con base en el conocimiento de fuentes históricas sabemos que la difusión del culto a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María tenía para nuestro santo Padre Fundador una importancia primordial, lo cual influyó en la misma medida tanto en el nombre de su Congregación como en el objetivo particular de su comunidad. El santo Padre Estanislao justifica su actitud de una sola forma: "una visión divina grabada en su alma" (*Fundatio Domus Recollectionis*). Llevado por esa visión abandonó la "Orden de las Escuelas Pías, amada más que la vida" y todo lo sometió a su experiencia mística; profesó también el voto de sangre, que consiste en defender el privilegio de la Inmaculada Concepción de la Madre del Señor incluso a costa de la vida si fuese necesario.

Inmediatamente después aparece el segundo rasgo característico de la Congregación: auxiliar a los difuntos que sufren en el purgatorio. Aquí también, con base en las fuentes históricas, nos encontramos con experiencias espirituales especiales del santo Padre Estanislao, en particular con las descritas por testigos. En cambio, el propio Padre Fundador no las menciona, a diferencia de lo que sucedió en el caso de la "visión de la Congregación de la Inmaculada Concepción". En *Norma Vitae*, concibe el *suffragium defunctorum* como el segundo objetivo, sin una justificación especial. Por lo tanto, sólo podemos concluir razonablemente, desde el contexto del auxilio a los difuntos, que debe ser brindado "a los que sufren las penas del purgatorio, especialmente a los soldados y a quienes fallecen a causa de epidemias". Se trata aquí entonces de socorrer a los que se fueron de este mundo sin estar preparados para el encuentro con el Señor y que no llevaron una vida santa; por lo tanto, necesitan preparación, purificación, para poder gozar plenamente de la visión del Señor.

La tercera dimensión, que en *Norma Vitae* es concebida como "humilde ayuda a los párrocos en los trabajos de la Iglesia", lleva en sí el carácter apostólico de la Congregación. Este carácter también encontró su expresión apropiada no solamente en los documentos de aprobación de nuestra comunidad

como instituto de clérigos regulares y en la diversa actividad apostólica de nuestra Congregación, sino, ante todo, en el celo apostólico de nuestro santo Padre: en su predicación de la Palabra de Dios, en sus abundantes escritos de contenido teológico, en sus innumerables confesiones y dirección espiritual tanto a personas en particular como a los monasterios, en su organización de peregrinaciones; en su compromiso con los asuntos sociales, unido con su amor por la patria temporal y el apoyo a los pobres y en sus obras de misericordia. A esta actitud, el Padre Fundador también añadió un rasgo suyo muy personal que transmitió a su comunidad: el apostolado de la sobriedad, concebido como la abstinencia de bebidas alcohólicas (*crematum*), estimulantes prohibidos para sus hijos espirituales (*Norma Vitae, Testamentum II*). Justamente en la base de esta teoría propia y, al mismo tiempo, del ministerio pastoral del santo Padre Estanislao y de su solicitud por fundar una comunidad religiosa apostólica, se encontraba la profunda convicción de que esta forma de vida consagrada a Dios era plenamente evangélica, porque era propia de Cristo y de los Apóstoles.

La difusión del culto a la Inmaculada Concepción de la Madre del Señor, el auxilio a los difuntos que dejaron este mundo sin estar preparados para el encuentro con Cristo y la humilde ayuda a los párrocos en los ministerios eclesiales, además de la experiencia de fe de nuestro santo Fundador, también tienen su justificación en los signos de los tiempos de la Iglesia y del mundo actual. La Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María todavía encuentra oposición por parte de muchos miembros de la Iglesia, aunque este misterio revela la insondable misericordia de Dios hacia el género humano. En este punto, el santo Padre Fundador se anticipó a la corriente principal de la Iglesia casi 200 años. Algo semejante ocurrió con la oración por los difuntos: el contexto histórico-social del siglo XVII, con la enorme frecuencia de guerras y epidemias relacionadas con ellas, que provocaban la muerte de multitudes de inocentes y personas sin preparación, exigía una respuesta cristiana; en algunas regiones de Polonia murió incluso más del 50% de la población. Esta misma situación condujo a un colapso religioso: hacían falta sacerdotes y no había asistencia pastoral, sobre todo entre las personas más pobres y entre las que vivían en zonas rurales. La habilidad de los santos consiste en el don de discernir los signos de los tiempos y de ser dóciles a la actuación del Espíritu Santo. El Padre Fundador fue sensible a la actuación del Espíritu Santo, supo interpretar sus inspiraciones y encontrar una respuesta a las necesidades de la Iglesia y del hombre. Esta habilidad nos la dejó también a nosotros en su carisma.

Los tres elementos de nuestro patrimonio en la historia de la Congregación, mencionados anteriormente, han sido realizados de diferentes maneras e interpretados de diversas formas o, también, incluso descuidados. Cabe mencionar algunas personas que se convirtieron en puntos de referencia. Históricamente, el primero es el Venerable Siervo de Dios padre Kazimierz Wyszynski y su enorme solicitud por la fidelidad al Padre Fundador y al patrimonio de la Congregación. El segundo es el beato Jorge Matulaitis-Matulewicz, quien rescató nuestra Comunidad de la muerte y la renovó. A través de la obra de renovación, él dejó una huella en la Congregación: un nuevo dinamismo y una nueva interpretación adaptada a la época de sus contemporáneos. Sus Constituciones siguen siendo nuestro punto de referencia y su idea de un apostolado universal combinado con el compromiso social, yendo allí donde la necesidad es mayor, se convirtió en un contenido que sigue vivo y vigente también en la actualidad. Un fruto hermoso de esa actitud y testigos de ella son nuestros beatos mártires: Antonio y Jorge. Estuvieron allí donde efectivamente existía la mayor necesidad de fe, asistencia pastoral y testimonio de amor a los hermanos hasta la muerte. Ese mismo testimonio de amor a Cristo y a la Iglesia hasta el final lo dieron los Siervos de Dios: Fabián Abrantowicz, Andrés Cikoto y Janis Mendriks en tiempos del inhumano comunismo.

Después de la beatificación del Padre Fundador en el 2007, luego de las celebraciones del centenario de la Renovación de la Congregación y, finalmente, después de la canonización del Padre Estanislao, vamos entendiendo con una claridad cada vez mayor que Dios nos habla en estos acontecimientos y que nosotros debemos ser dóciles a su voz para comprenderlo bien y responderle de acuerdo a su voluntad. Muchos de nosotros hemos comprendido que la Congregación es una comunidad viva, en camino, y que necesitamos entablar un diálogo constante con el Espíritu Santo sobre este carisma que puso en nuestros corazones. No podemos tener miedo de interpretaciones nuevas, posteriores y nuestras del carisma de la Congregación, debido a que el carisma nos es dado también como tarea. No estamos solamente sujetos a la Constitución y al Directorio, sino que como personas vivas que tenemos el mismo carisma debemos buscar formas nuevas, contemporáneas y adecuadas de expresarlo, siempre con fidelidad a nuestro patrimonio y de acuerdo con la tradición mariana; en obediencia filial a la Iglesia.

En las reflexiones llevadas a cabo durante los últimos años y en el intercambio de ideas, nos hemos dado cuenta de que el misterio de la Inmaculada Concepción de la Madre del Señor es la esencia del carisma de nuestra Congregación y que de él se deriva la naturaleza y la misión de nuestra comunidad. Nos dimos cuenta de que el santo Padre Estanislao estaba cautivado por el misterio de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. A la difusión de este misterio, y a la proclamación de la santidad de la vida de María dedicó la Congregación por él fundada. También por esa misma razón vistió de blanco, en honor al blanco resplandor de la Concepción de la Santísima Virgen María. Sus más profundas experiencias místicas las vinculó a la misión de la Congregación, a su amor por María Inmaculada y al excepcional privilegio que ella recibió por parte de Dios.

También nos damos cuenta de que las expresiones posteriores del carisma son como dos brazos a través de los cuales, por una parte, se revela nuestro carisma y por otro, se realiza. El misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María revela que el amor de Dios precede toda acción humana, que Dios conduce la vida humana desde las profundidades de su amor, que su misericordia es más grande que todo el mal y el pecado; que la vida humana es un don y es santa desde la concepción misma, que cada vida humana es querida por Dios. El misterio de la Inmaculada Concepción también nos dice que, en última instancia, "venimos de Dios", que Él es la fuente de la vida y que venimos al mundo rodeados de su gracia y de su Providencia. Esto hace que cada vida humana adquiere una dignidad especial. En un mundo donde existe la industria del desprecio de la vida humana, donde –por una aberración del liberalismo– el asesinato de los niños no nacidos hace parte de los derechos del hombre, la canonización del Padre Fundador, que apunta a la Inmaculada Concepción de María, se convierte en un llamamiento a devolverle a cada vida humana su dignidad. El plan creador de Dios ha destinado a cada hombre a la santidad y por eso todos los hombres estamos llamados a ser santos. La santidad es la plenitud de la vida en Dios, la plenitud de la felicidad con Dios y con el prójimo en el Reino de los Cielos. Por eso, el misterio de la Inmaculada Concepción de María tiene que llevar a la oración por los difuntos y a acompañar al moribundo. La concepción y el ir muriendo son como una grapa que ata toda la vida humana –lo temporal y lo eterno– que en el designio de Dios ha de ser "santa e inmaculada".

Esta dimensión del carisma de la Congregación está también vigente hoy en día: el hombre de hoy quiere eliminar la muerte, la quiere eliminar no solamente de su conciencia sino también del mundo de la cultura y de la vida social. Y si no lo logra, al menos quiere banalizarla, reducirla a un juego o a un eslogan. De esta manera se elimina algo significativamente mayor: el destino eterno de la vida humana, el hecho de que la vida humana es una peregrinación a la casa del Padre y la muerte es el paso, la puerta. Hoy el hombre no quiere oír hablar de la muerte y la silencia, porque no quiere escuchar hablar de lo que se encuentra más allá del horizonte marcado por la muerte. En cambio, la oración por los difuntos no es solamente un acto de fe en la vida eterna en Dios sino una obra de misericordia que va más allá de la temporalidad, llegando a aquellos con los que ya sólo tenemos una relación de amor en Dios. Se construye la comunidad de santos, que de esa manera también a nosotros nos prepara para esa etapa inevitable de nuestro paso a la Patria eterna. Si tenemos conciencia de que ambas dimensiones deberían ser realizadas de manera activa, inmediatamente comprendemos por qué la Congregación tiene un carácter apostólico: para llegar con esa gozosa noticia sobre el origen y destino del hombre al mayor número de personas. Y hoy Dios nos encomienda esa tarea. La canonización de nuestro Padre Fundador es un signo de lo mucho que la Iglesia y el mundo necesitan nuestro carisma.

En la labor de dar una respuesta creativa a la gracia de la vocación y de abrirnos al carisma de esta comunidad religiosa que el Espíritu Santo nos encomendó, confío a todos Ustedes y a mí mismo a la protección maternal de María Inmaculada, Madre del Señor y Madre nuestra, y a nuestro santo Padre Estanislao y a nuestros beatos: a Jorge, Renovador de nuestra Congregación y a Antonio y Jorge, mártires. De corazón los bendigo,

Padre Andrzej Pakuła MIC
Superior General